



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA ROMANA DE SAN PANCRACIO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Domingo 22 de abril de 1979

1. Hoy estamos sobre *las huellas de la antiquísima tradición de la Iglesia*, la del II domingo de Pascua, llamado *in Albis*, que está vinculado a la liturgia de la Pascua y, sobre todo, a la liturgia de la Vigilia Pascual. Esta Vigilia, como atestigua incluso su forma actual, representaba un día grande para los catecúmenos, que durante la noche pascual, por medio del bautismo, eran sepultados juntamente con Cristo en la muerte para poder caminar en una vida nueva, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre (cf. *Rom 6, 4*).

San Pablo ha presentado el misterio del bautismo en esta imagen sugestiva. Los catecúmenos recibían el bautismo precisamente durante la Vigilia Pascual, como hemos tenido la suerte de hacer también este año, cuando he conferido el bautismo a niños y adultos de Europa, Asia y África.

De este modo *la noche que precede al domingo de la Resurrección se ha convertido realmente para ellos en "Pascua"*, es decir, el Paso del pecado, o sea, de la muerte del espíritu, a la Gracia; esto es, a la vida en el Espíritu Santo. Ha sido la noche de una verdadera resurrección en el Espíritu. Como signo de la gracia santificante, los neo-bautizados recibían, durante el bautismo, una vestidura blanca, que los distinguía durante toda la octava de Pascua. En este día del II domingo de Pascua, deponían tales vestidos; de donde el antiquísimo nombre de este día: domingo *in Albis depositis*.

Esta tradición en Roma está unida a la iglesia de San Pancracio. Precisamente aquí es hoy la estación litúrgica. Por esto tenemos la suerte de unir la visita pastoral de la parroquia a la tradición romana de la estación del domingo *in Albis*.

2. Hoy, pues, deseamos *cantar juntos* aquí la alegría de la *resurrección* del Señor, así como lo anuncia la liturgia de este domingo.

«Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia...

Este es el día en que actuó el Señor:

sea nuestra alegría y nuestro gozo» (*Sal 117 [118], 1, 24*).

Deseamos también *dar gracias por el inefable don de la fe*, que ha descendido a nuestros corazones y se refuerza constantemente mediante el misterio de la resurrección del Señor. San Juan nos habla hoy de la grandeza de este don en las potentes palabras de su Carta: "Todo el engendrado de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Y quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (*1 Jn 5, 4-5*).

Nosotros, pues, damos gracias a Cristo resucitado con una gran alegría en el corazón, porque nos hace participar en su victoria. Al mismo tiempo, *le suplicamos humildemente* para que no cesemos nunca de ser partícipes, con la fe, de esta victoria: particularmente en los momentos difíciles y críticos, en los momentos de las desilusiones y de los sufrimientos,- cuando estamos expuestos a la tentación y a las pruebas. Sin embargo, sabemos lo que escribe San Pablo: "Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones" (*2 Tim 3, 12*). Y he aquí todavía las palabras de San Pedro: "...exultáis, aunque ahora tengáis que entristeceros un poco, en las diversas tentaciones, para que vuestra fe, probada, más preciosa que el oro, que se corrompe aunque acrisolado por el fuego, aparezca digna de alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo" (*1 Pe 1, 6-7*).

3. Los cristianos de las primeras generaciones de la Iglesia se preparaban para el bautismo largamente y a fondo. Este era el *período del catecumenado*, cuyas tradiciones se reflejan todavía en la liturgia de la Cuaresma. Estas tradiciones se vivían cuando los adultos se preparaban para el bautismo. A medida que se fue desarrollando la tradición del bautismo de los niños, el catecumenado en esta forma debía desaparecer. Los niños recibían el bautismo en la fe de la Iglesia, de la que era fiadora toda la comunidad cristiana (que hoy se llama "parroquia"), y ante todo lo era su propia familia. La liturgia renovada del bautismo de los niños pone ahora más de relieve este aspecto. Los padres, con los padrinos y madrinan, profesan la fe, hacen las promesas bautismales y asumen la responsabilidad de la educación cristiana de su niño.

De este modo, el catecumenado *se traslada* en cierta manera *a un período posterior*, al tiempo del progresivo crecer y convertirse en adultos; el bautizado, pues, debe adquirir de sus más allegados y en la comunidad parroquial de la Iglesia una conciencia viva de esa fe, de la que ya antes ha sido hecho partícipe mediante la gracia del bautismo. Es difícil llamar "catecumenado" a este proceso en el sentido primero y propio de la palabra. No obstante, es el equivalente del auténtico catecumenado y debe desarrollarse con la misma seriedad y el mismo celo que el que antes precedía al bautismo. En este punto convergen y se unen los deberes de la familia cristiana

y de la parroquia. Es necesario que, en esta ocasión, nos demos cuenta de ello con una claridad y fuerza particular.

4. La parroquia, como comunidad fundamental del Pueblo de Dios y como parte orgánica de la Iglesia, en cierto sentido, *tiene su origen en el sacramento del bautismo*. En efecto, es la comunidad de los bautizados. Mediante cada bautismo, la parroquia participa de modo especial en el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo. Todo su esfuerzo pastoral y apostólico mira a que todos los feligreses tengan conciencia del bautismo, para que perseveren en la gracia, esto es, en el estado de hijos de Dios, y gocen de los frutos del bautismo, tanto en la vida personal, como en la familiar y social. Por esto es particularmente necesaria la renovación de la conciencia del bautismo. En la vida de la parroquia es un valor fundamental emprender este catecumenado —que falta ahora en la preparación al bautismo— y realizarlo en las diversas etapas de la vida.

Precisamente en esto consiste la función de la catequesis, que debe extenderse no sólo al período de la escuela elemental, sino también a las escuelas superiores y a períodos ulteriores de la vida.

En particular es indispensable la catequesis sacramental como preparación a la primera comunión y a la confirmación; es de gran importancia la preparación al sacramento del matrimonio.

Además, el hombre bautizado, si quiere ser cristiano "con obras y de verdad", debe permanecer, en su existencia, constantemente fiel a la catequesis recibida: ella le dice, efectivamente, cómo debe comprender y actuar su cristianismo en los diversos momentos y ambientes de la vida profesional, social, cultural. Esta es la vasta tarea de la catequesis de los adultos.

Gracias a Dios, esta actividad se desarrolla ampliamente en la vida de la diócesis de Roma y de vuestra parroquia.

5. En efecto, estoy al corriente de las numerosas iniciativas de catequesis y de vida asociativa que las instituciones parroquiales desarrollan con la ayuda de numerosas familias religiosas, femeninas y masculinas, y de varios movimientos eclesiales. Una mención particular corresponde a los beneméritos padres carmelitas descalzos, que se dedican generosamente al progreso espiritual de esta parroquia de San Pancracio. La numerosa concurrencia que se ha concentrado hoy aquí es sólo un estímulo más para un incansable compromiso apostólico. Mi palabra, por tanto, se hace exhortación y aliento, tanto a los responsables parroquiales para que prosigan gozosamente en su servicio al Cuerpo de Cristo, como a todos los miembros de la comunidad, para que encuentren siempre y conscientemente en ella el lugar mejor para su crecimiento en la fe, en la esperanza y en el amor, para testimoniarlos al mundo.

6. En el domingo *in Albis* la liturgia de la Iglesia hace de nosotros testigos del encuentro de Cristo resucitado con los Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén. *La figura del Apóstol Tomás y el coloquio de Cristo con él* atrae siempre nuestra atención particular. El Maestro resucitado le permite de modo singular reconocer las señales de su pasión y convencerse así de la realidad de la resurrección. Entonces Santo Tomás, que antes no quería creer, expresa su fe con las palabras: "Señor mío y Dios mío" (*Jn 20, 28*). Jesús le responde: "Porque me has visto has creído; dichosos los que sin ver creyeron" (*Jn 20, 29*).

Mediante la experiencia de la Cuaresma, tocando en cierto sentido las señales de la pasión de Cristo, y mediante la solemnidad de su resurrección, se renueve y se refuerce nuestra fe, y también la fe de los que están desconfiados, tibios, indiferentes, alejados.

¡Y la bendición que el Resucitado pronunció en el coloquio con Tomás, "dichosos los que han creído", permanezca con todos nosotros!